

Un traje para el soldado: Reflexiones en torno a
la historia, uso y significado del uniforme
militar

Angelo Castro González

Magister en Historia UC



Perspectivas

de Historia Militar



PERSPECTIVAS DE HISTORIA MILITAR es una publicación orientada a abordar temas vinculados a la historia militar a fin de contribuir a la formación de opinión en estas materias.

Los artículos están principalmente dirigidos a historiadores, académicos y público general que se interesen en la historia.

Estos artículos son elaborados por investigadores de la Academia de Historia Militar, pero sus páginas se encuentran abiertas a todos quienes quieran contribuir al pensamiento y debate de estos temas.

**UN TRAJE PARA EL SOLDADO:
REFLEXIONES EN TORNO A LA
HISTORIA, USO Y SIGNIFICADO DEL
UNIFORME MILITAR**

Por

Angelo Castro González*

* Magister en Historia (Universidad de Concepción).

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

Se autoriza la reproducción del presente artículo, mencionando la Perspectiva de Historia Militar y el autor.

La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

Resumen

El presente ensayo tiene como finalidad el ahondar en los motivos que gatillaron la adopción de uniformes por parte de los ejércitos del mundo a partir del siglo XVII. Se realiza un recorrido histórico por los mismos y sus diversos avatares a lo largo de la historia occidental, recalcando a su vez la imposibilidad y, por ende, el anacronismo al momento de referirse como “uniforme” a la indumentaria utilizada por los soldados anterior a la Edad Moderna y los cambios en los métodos de hacer la guerra. De igual manera, se ahonda en el simbolismo detrás de los mismos, argumentando que los uniformes como tal no solo vienen a significar simples ropajes que atavían al soldado o lo cubren de las inclemencias de la naturaleza, sino que, por el contrario, abarcan elementos como los valores, el sentido de nacionalismo, virilidad e, incluso, el sentido de pertenencia y compañerismo entre los hombres.

Palabras Clave: Uniformes; Indumentaria; Edad Moderna; Revolución Militar, Representación

La historia de la humanidad ha estado repleta de sucesos “clave” o coyunturales que han supuesto un antes y un después en nuestro prolongado progreso colectivo, algunos de ellos acompañándonos hasta el día de hoy. Para nadie es secreto que innovaciones como la invención y expansión de la agricultura, así como la domesticación de especies vegetales y animales y el surgimiento de las sociedades urbanas, han conllevado cambios, para bien o para mal, drásticos en nuestra forma de concebir el mundo que nos rodea. Algunos de ellos, como la escritura, por ejemplo, nos acompañan día tras día, otros, como los mencionados anteriormente, ya son tan intrínsecamente “humanos” que los damos prácticamente por sentado.

Sin embargo, ha habido ciertos elementos que, para disgusto de millares, son intrínsecamente nuestros y los hemos llegado a poner en práctica cientos, sino miles de veces. Uno de estos elementos no es otro que la guerra. Y es que si bien, en general, las diversas sociedades, desde los tiempos primitivos, han cooperado y dialogado para solventar sus problemas o hacer frente a los desafíos que el ambiente presenta por delante de ellas, y a pesar de que la mayoría de las culturas del globo han optado por esta base solidaria para plantarse frente a sus homólogos, la guerra y el conflicto han sido, como diría Thomas Hobbes, prácticamente inherentes a la naturaleza del hombre y a las estructuras que hemos creado a lo largo de los siglos¹. Después de todo, somos prácticamente la única especie sobre la faz de la tierra que premeditadamente, coordinadamente y deliberadamente emprendemos verdaderas cruzadas contra los de nuestra misma especie. No obstante, los conflictos de antaño ya no son los mismos que los de hoy, pues si en los tiempos pretéritos se luchaba con tal de conseguir una presa o un determinado territorio, con el tiempo, el conflicto se fue impregnando de elementos ideológicos, con ritos asociados a cada una de las sociedades que la ha practicado e, incluso, con posteridad y la continua práctica de la misma, se le han impuesto reglas y directrices para todos aquellos que, voluntariamente o coaccionados, se vieran en la necesidad de llevar a cabo esta práctica ancestral.

Pero lo que aquí nos atañe no concierne a la búsqueda del por qué o los motivos que guían a las sociedades hacia conflictos enormemente devastadores; después de todo, como nos dice Lawrence LeShan, desde el siglo V antes de Cristo historiadores como Heródoto han procurado buscar las causas del conflicto que tanto costó a griegos y persas, y desde aquel primer impulso, muchos historiadores se han embarcado en la misma búsqueda. Citando al mismo autor, “En los milenios transcurridos desde Heródoto, una gran cantidad de teorías ha intentado explicar por qué ha habido tantas guerras. Ninguna nos ha ayudado a terminar con ellas”². Es una tarea efímera de nunca acabar.

Dejando la pesadumbre con la que LeShan advierte lo fútil de aquella tarea, la cruzada que emprendemos en esta instancia no es explicar los motivos del conflicto, sino los ritos que van ligados a él, especialmente uno: el vestir. Isabel Cruz de Amenábar, experta en la temática, logra dar en el punto exacto al explicar los motivos que han guiado al humano al ostentar vestimentas y es que, a diferencia de los demás animales y en

¹ Frances Xavier HERNÁNDEZ CARDONA; Xavier RUBIO CAMPILLO: *Breve Historia de la Guerra Antigua y Medieval*, Nowtilus, Madrid, 2010, p.11.

² Lawrence LESHAN: *La Psicología de la Guerra*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1995, p. 16.

palabras de la historiadora, nuestra piel “es fina, delicada, frágil, vulnerable”³. Y es precisamente esta debilidad lo que chocó de frente con aquella necesidad de poner en práctica el incansable ejercicio de la guerra. A fin de cuentas, y ya habituados a guerrear, el humano buscó y fabricó instrumentos para tal propósito. Así, poco a poco utensilios propios de las labores de caza, comenzaron a dirigirse al pecho de los hombres.

Lanzas, mazas, arcos y flechas comenzaron a hendir la piel, carne y huesos de los hombres sin importar condición social o el estatus ostentado en estas primeras sociedades tribales. Una situación que no dejó de empeorar cuando la metalurgia hizo su aparición: cobre, bronce y, finalmente, hierro, vinieron a facilitar las cosas. Quizás demasiado bien. Con ello, la sentencia de Cruz de Amenábar resulta más que acertada:

Así, la piel que recubre el cuerpo humano parece haber sido hecha para cubrirse; para protegerse en su delicadeza y vulnerabilidad; para abrigarse en su fragilidad; para ocultarse y salvaguardarse en su finura y en su transparencia/ El traje aísla del roce, de las cortaduras y rasguños producidos por agentes externos⁴.

Pero limitar la funcionalidad del vestuario, al menos al ámbito militar, únicamente a cuestiones de protección personal, es quedarse cortos en extremo. Y es que el vestir para la profesión castrense no solo implica la existencia de necesidades físicas que suplir, sino, como ha sostenido la misma autora, la aparición de necesidades espirituales. El traje, en nuestro caso el uniforme, embellece, revela, adorna, manifiesta el sentido estético y distingue. Esto es algo que James Laver, en su *Breve Historia del Traje y la Moda* (2006), ha estudiado de soslayo al afirmar: “se han aducido muchas causas, desde la idea ingenua basada en la historia del Génesis de que el hombre empezó a vestirse por razones de pudor, hasta ideas más sofisticadas que basan el uso de la ropa en cuestiones de ostentación o de protección mágica”⁵. O lo que más directamente François Boucher ha sostenido: “El uniforme militar, que se deriva del mismo sentimiento, procede también del deseo de causar temor, de proteger el cuerpo o de pertenecer a un grupo”⁶. Incluso llega a servir como elemento diferenciador de la guerra y la paz: “los guerreros deben ir vestidos y pintados para cambiar sus personalidades [...] señalan su salida desde la vida normal, y otras, su regreso”⁷. Con ello, en sí, la indumentaria, desde aquellos primitivos tocados y capas hasta las elegantes chaquetas decimonónicas, no solo implica defensa y protección frente al acero enemigo, sino que también liderazgo, estatus, pertenencia, terror e, incluso, individualidad.

³ Isabel CRUZ DE AMENÁBAR: *El Traje: Transformaciones de una Segunda Piel*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1996, p. 22.

⁴ Idem.

⁵ James LAVER: *Breve Historia del Traje y la Moda*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2006, p. 9.

⁶ François BOUCHER: *Historia del Traje en Occidente. Desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Montaner y Simón S.A., Barcelona, 1965, p. 14.

⁷ Manuel de Miguel AYALA: “La Guerra en las sociedades primitivas: el caso de Irlanda Céltica a través de sus mitos”, en *Mayurqa: revista del Departament de Ciències Històriques i Teoria de les Arts*, n°27, 2001, p. 200.

Ante este escenario, natural es que surjan interrogantes relacionadas a la temática; no obstante, quizás la más importante, o la más adecuada en estos momentos, es la concerniente a cuándo comenzó a utilizarse la indumentaria militar o cuándo, con propiedad, podemos comenzar a hablar de uniformes y no solo de vestuario destinado para la guerra, pues entre estos dos últimos conceptos existe un largo trecho. Resulta difícil, sino imposible, el lograr determinar el punto exacto en que el hombre decidió tomar prendas de cuero, lana o fibras vegetales para protegerse de las armas cortopunzantes o proyectiles de sus adversarios. Sería una historia de nunca acabar. Aunque podemos determinar que tal tendencia comenzó a darse en los tiempos primitivos; de hecho, ya desde el neolítico, y gracias a las pinturas rupestres del levante español, podemos identificar el uso de tocados ricamente adornados de plumas y faldellines en escenas de batalla⁸. Esto se fue profundizando cuando aquellas sociedades tribales lideradas por caudillos, ya cerca del IV al III milenio antes de nuestra era, comenzaron a consolidarse y convertirse en verdaderos Estados con ejércitos a su disposición. La necesidad de defensa y expansión conllevó al reclutamiento, adiestramiento y conducción de numerosos ejércitos y, por ende, a proveer una indumentaria militar para cada uno de los combatientes. *La Estela de los Buitres* (2525 a.C.), representando la victoria del rey Eanatum de Lagash sobre Umma, y el Estandarte de Ur (2500 a.C.), posiblemente demostrativo de una victoria, vienen a representar soldados con yelmos, capas, túnicas y cinturones uniformes, razón por la cual ya se nos da a entender que en Sumer existía una vaga concepción de “uniformidad”⁹, un equipo bastante sofisticado para la época y que, por los hallazgos de Leonard Wooley en el Cementerio Real de Ur, sabemos que tal indumentaria (al menos los yelmos), si llegó a utilizarse¹⁰. Podemos constatar que una tendencia similar se siguió en la mayoría de las sociedades de Oriente Próximo; de hecho, los mismos egipcios solían proveer armamento a sus tropas, armaduras, e incluso estandartes para cada unidad, diferenciándola del resto¹¹.

Sin embargo, aquella tendencia que imperaría hasta mediados del I milenio a.C., difícilmente podría catalogarse como “uniformes”, puesto que es dudoso que existiera una iniciativa estatal por equipar a todas las unidades de los correspondientes ejércitos. Lo más probable es que tal implementación solo atañera a unas cuantas unidades consideradas de “élite”. A ello se le suma que los ejércitos que aquellas sociedades podían movilizar se veían constreñidos por la capacidad de gestión de recursos, ya que, más que un Estado centralizado, como lo veríamos a partir del siglo XVI, eran mancomunidades de ciudades con mandos diferentes. Siendo este el caso, resulta prácticamente imposible creer que pudieran proveer un vestuario uniforme para sus tropas.

Incluso en un período más tardío, como lo es el V a.C., la existencia de estos “proto-uniformes” únicamente estaba ligada a la cúspide de los combatientes y, como se

⁸ Francisco JORDÁ CERDÁ: “Los tocados de Plumas en el Arte Rupestre Levantino”, en *Zephyrus: Revista de prehistoria y arqueología*, n°21-22, 1970-1971, p. 46.

⁹ Frances Xavier HERNÁNDEZ CARDONA; Xavier RUBIO CAMPILLO: *Op. Cit.*, pp. 20-22.

¹⁰ Philip DE SOUZA: *La Guerra en el Mundo antiguo. Una Historia Global*, Akal, Madrid, 2008, p. 50.

¹¹ Véase Javier MARTÍNEZ BABÓN: “Breve síntesis sobre el armamento en Egipto durante las dinastías XIX y XX”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia antigua, n°17-18, 2004-2005, pp. 35-55.

evidencia en las fuentes, ésta parecía estar más ligada a la ostentación que a una finalidad práctica o, derechamente y como se verá más adelante, a una cuestión simbólica. Notable es el caso de los *Inmortales*, llamados así por Heródoto de Halicarnaso, la cúspide del poderío militar persa:

Y se llamaban “Inmortales” estos persas por lo siguiente: si alguno de ellos abandonaba su número, obligado por la muerte o enfermedad, se elegía otro hombre, y nunca eran más ni menos de diez mil. De todos los persas presentaban el mayor lujo, y eran los más valientes. Tenían un equipamiento tal como se ha dicho, pero además se distinguían por llevar mucho y abundante oro¹².

Similar es la situación que podemos apreciar en Europa, al menos si hablamos en términos generales. Por ejemplo, la Micenas del 1500 a.C., pudiéndose considerar ésta como la antesala de lo que sería la Grecia Clásica, tampoco destacó por poseer vestuarios uniformes. Por ejemplo, uno de los pocos registros, al menos arqueológicos, es la conocida “Armadura de Dendra”, encontrada en la Argólida en 1960 por arqueólogos suecos. Se trata de un elaborado conjunto de placas de cobre compuesta por un coselete, peto, espaldar, un gran gorjal, hombreras, faldilla y un yelmo de cuernos de jabalí. El problema es que, tal como señala Sánchez Sanz, no hay certeza si realmente fuera un ejemplar típico entre las tropas o uno derechamente inusual, al punto que se especula si verdaderamente se llegó a utilizar o únicamente fue destinada para duelos¹³. Referente a ello, John Chadwick, profesor inglés experto en el mundo micénico, no creía que el palacio llegase a armar a sus tropas con tales equipos, o con cualquier otro, sino que únicamente estaban destinadas a la más alta oficialidad, relegando al resto del ejército a costear por cuenta propia su panoplia¹⁴. De ahí que no podamos hablar de uniformes en el sentido estricto de la palabra.

Su sucesora, Grecia en su totalidad, tampoco se libraba de aquella tendencia. La “Revolución Hoplita”, que implicaba el enfrentamiento entre ejércitos más que el duelo homérico entre dos contendientes¹⁵, no necesariamente implicaba la creación de ejércitos profesionales entrenados, armados y equipados por la *Poli*. Muy por el contrario, no llegó a existir, salvo en Esparta, algo de este tipo, pues cada combatiente debía aportar con sus propios recursos, tanto en armas como en equipo, si es que no podían conseguirlo como botín de guerra¹⁶. Ello, a su vez, implicaba que los criterios económicos primaran por sobre la homogeneidad del grupo, a los que se le sumaban elementos como las tradiciones locales o familiares, las condiciones físicas del usuario, la preferencia de las armas, etc. todos aquellos factores podían incidir en las variaciones del diseño o patrón que reflejaría su indumentaria. Ello llegaba al punto que, tal como señalaba Echeverría Rey, común ya

¹² HERÓDOTO: *Historias, Libros V-IX*, Akal, Madrid, 1994, p. 660.

¹³ Arturo SÁNCHEZ SANZ: “Los Ejércitos Micénicos”, en *Revista de Historia Militar*, nº113, p. 193

¹⁴ John CHADWICK: *El Mundo Micénico*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 208

¹⁵ Véase Jesús EZQUERRA GÓMEZ: *Pólis y Caos. Reflexiones sobre el principio de la política*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2021, p. 64.

¹⁶ Esteban Darío BARRAL: “De Agricultores a Soldados: la Guerra y su impacto social en la Grecia antigua”, en *Revista de la Escuela Superior de Guerra Tte. Luis María Campos*, nº593, 2016, p. 41.

era la personalización de escudos mediante diferentes blasones, emblemas estrictamente personales e incluso nombres inscritos o motivos decorativos. Yelmos y corazas tampoco se quedaban cortos en emblemas, adornos, penachos y colgaduras¹⁷. Una pequeña degustación de aquello nos la da Tucídides al momento de describir la expedición ateniense sobre Sicilia en el marco de la Guerra del Peloponeso:

También los soldados escogidos para esta empresa procuraban aprestarse a porfía así de armas como de otros atavíos necesarios, por la codicia que tenían de gloria y honra, y el deseo de cada uno de ser preferido de los otros en la ordenanza. De manera que parecía que esta armada se organizaba más para una ostentación del poder y fuerzas de los atenienses en comparación de los otros griegos, que para combatir contra los enemigos allá donde iba¹⁸.

Por ello, las posibilidades de homogeneidad entre las falanges griegas, y extendiéndose a las macedónicas, eran muy reducidas, prácticamente nula. Por último, y casi siendo el clavo que termina por sellar el ataúd de la supuesta uniformidad griega, no solo se encontraba la exhibición, el deseo de estatus, las capacidades físicas o lo netamente monetario, sino también el deseo de infundir terror frente a los enemigos. Colores, tipos, materiales y adornos estaban fríamente calculados para tal propósito, buscando “hacerlo de un modo individualizador, respetando la personalidad del soldado en el campo de batalla”¹⁹.

Al momento que llegaba la hora de Roma, la Ciudad Eterna, ésta tampoco se liberó del influjo de lo “individual”; de hecho, durante la República, mantuvo un sistema, a líneas generales, muy similar al de las *Poli* griega: ciudadanos que debían servir militarmente en las campañas, primero en la dominación del Lacio y posteriormente a lo largo del Mediterráneo. Cada individuo debía procurarse su equipo y, en caso de no poder hacerlo, Roma asumía, bajo pago, el proporcionar equipos y armas a los legionarios que no tuvieran los medios para ello²⁰; sin embargo, esto podía, y muchas veces lo hacía, conllevar a diferencias de corte clasista entre la tropa²¹. El mismo Tácito dejaría registro de aquella dura vida de los legionarios: “lo era mucho mas ver el estimar el alma y el cuerpo de un soldado en un pobre medio real al día, y haberse de proveer con él de vestidos, armas y tiendas”²². Durante la República tampoco llegó a concretarse una clase de soldados profesionales, salvo los *virii militares*²³.

Con posteridad se intentaría solventar aquella heterogeneidad, específicamente a través de las Reformas de Cayo Mario (157-86 a.C.) que, entre otros elementos, imponía un vestuario estandarizado para todos los integrantes de las legiones: yelmo de bronce y

¹⁷ Fernando ECHEVERRÍA REY: *El nacimiento de la “Pólis” griega y la teoría de la “Revolución Hoplita”*, Instituto Histórico Hoffmeyer. Instituto de Arqueología de Mérida, Madrid, 2008, p. 216.

¹⁸ TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1986, p. 346.

¹⁹ Fernando ECHEVERRÍA REY: *Op. Cit.*, p. 217.

²⁰ Philip DE SOUZA: *Op. Cit.*, p. 144.

²¹ Frances Xavier HERNÁNDEZ CARDONA; Xavier RUBIO CAMPILLO: *Op. Cit.*, p. 80.

²² Cayo Cornelio TÁCITO: *Anales*, Tomo Primero, Imprenta del Diario de Barcelona, Barcelona, 1866, p. 20.

²³ Philip DE SOUZA: *Op. Cit.*, p. 151.

lorica hamata (cota de malla). Pero, a pesar de que se llegó a unificar el vestuario, armamento, eliminar aquellas diferencias clasistas e, incluso, crear identificación con ciertos símbolos (estandarte del águila, por ejemplo)²⁴, lo cierto es que la legión romana era de todo menos homogénea. No podemos llegar aplicar el concepto de “uniformidad”, pues no se llegó a estandarizar del todo el equipo; de hecho, este podía variar de provincia en provincia, al extremo que se le podía dividir prácticamente en ejércitos regionales, con rasgos culturales diferentes, con acentos diferentes, estilos, decoraciones y equipo²⁵. Tampoco hubo impedimento para dejar de utilizar el equipo obsoleto; es más, se les permitía utilizar armaduras heredadas o compradas a soldados retirados. Ya durante el periodo imperial se podían observar a legionarios con *loricas escamatas*, *segmentatas* y *hamatas* en una misma legión, aunque aquello era, por decirlo, el menor de los males, pues había casos en que ni siquiera utilizaban el equipo reglamentario. Es Flavio Vegecio quien nos legó testimonio de ello:

Desde la fundación de Roma, hasta el Imperio de Graciano, se armó nuestra infantería de coraza y casco, pero habiéndose introducido en las tropas la flojedad, y el descuido, se abandonaron los ejercicios militares: empezaron los soldados a sentir el peso de las armas, y a traerlas raras veces: principiaron pidiendo que se les dispensase de llevar coraza, y después los cascos. Descubiertos así los pechos, y las cabezas, cuando tuvieron que pelear con los Godos, fueron destrozados por una multitud de sus saetas²⁶.

Con ello, vemos que disposiciones artísticas como la Columna de Trajano (Roma) en la que se representan más de 2.000 figuras, entre ellas la mayoría legionarios con equipo homogéneo, resulta una pieza completamente idealizada y que, como finalidad última, solo pretendía dar más gloria a la Ciudad Eterna. Ya con el declive del Imperio, poco a poco, la supuesta uniformidad dio paso a la mescolanza, al sincretismo y a la adopción de la indumentaria de las llamadas “tribus bárbaras”. Kate Gilliver, historiadora militar británica especialista en el mundo romano, consideraba que, al menos en las cuestiones de equipo y “uniformidad”, siempre se debía considerar la perspectiva del individuo:

Contrariamente al ideal literario de soldados sencillos y toscos, los ejércitos romanos eran tan conscientes como cualquier otro de la importancia y el valor de “lucir el papel” (“*look the part*”, expresión idiomática utilizada para el hecho de tener una apariencia adecuada o esperada para una situación particular). Usaron su apariencia como un medio para reforzar la cohesión y la moral de su propia unidad, y para

²⁴ Raúl PUYOL BUJ: *Las Reformas Militares de Cayo Mario. Efectos inmediatos y consecuencias en los últimos días de la República Romana*, Tesis para optar al grado de Historia, Universitat de Lleida, 2017-2018, p. 39.

²⁵ Philip DE SOUZA: *Op. Cit.*, p. 188.

²⁶ Flavio VEGECIO: *Instituciones Militares*, Impreso en la casa de Joaquín Ibarra, Madrid, 1764, pp. 38-39.

intimidar al enemigo a través de su aspecto impresionante. Combinado con la más tradicional de las cualidades militares romanas, la disciplina, los ejércitos bien entrenados podían proporcionarse una importante ventaja psicológica sobre el enemigo incluso antes de que comenzara el enfrentamiento. Sin embargo, el ejército romano no era una institución monolítica conformada por soldados uniformados: había evolucionado a partir de las bandas guerreras de los inicios de la república, y no sorprende ver que algunos de los valores de las sociedades guerreras persistieran incluso cuando la organización militar se volvió tan sofisticada como Roma lo hizo entre mediados y finales de la República. El sistema de recompensas estimuló el individualismo y, por lo tanto, se animó a los individuos a mejorar su propia visibilidad en el campo de batalla mediante exhibiciones personales²⁷.

Pero si en los albores de la República e Imperio Romano la uniformidad en la panoplia no era más que una ilusión, en los siglos siguientes fue decayendo muchísimo más. Las nuevas monarquías no dispusieron de ejércitos regulares, razón por la cual no existió un gasto destinado al equipamiento de los ejércitos francos, godos, lombardos, germanos o sajones y es que, tal como señalaba Contamine, “cada individuo, cada grupo social o familiar tuvo que preocuparse de su propia seguridad, defender sus derechos y sus intereses por medio de las armas, y el portarlas”²⁸. Los reinos germanos constituyeron una mezcla variopinta de etnias, tradiciones, cultura y visiones, ello mismo se extrapoló al equipo de los soldados; de hecho, a pesar de que existían variedad de armaduras y equipo en general, éste siempre se hallaba supeditado, primero, a las capacidades económicas del combatiente y, en segundo lugar, al sentido del gusto. Tal como lo mencionaba Guy Halsall, muchas veces se presentan piezas bastante estilizadas²⁹. Decidor, por ejemplo, era que los britanos decorasen sus escudos con emblemas de osos, dragones, estrellas, cabezas de toro, lobo u oso, además de motivos religiosos: cruces, santos y vírgenes. Misma situación se repetía con los yelmos y con los ejércitos sajones³⁰. También estaba el deseo de mostrar valor, el que llegaba al extremo de no usar equipo alguno. Agathias, letrado bizantino del siglo VI, cuando describía a los francos nos decía: “Ellos son ignorantes sobre el uso de corazas y grebas y la mayoría de ellos lucha con sus cabezas descubiertas, aunque hay unos pocos que utilizan yelmos”³¹.

Lo cierto es que solo un porcentaje muy pequeño de combatientes utilizaban equipo, el cual no resultaba para nada uniforme. Es más, para el reinado de Clodoveo (hacia el siglo VI de nuestra era), tan solo podía contarse con que un 15% de los combatientes llegasen a contar con algún equipo más o menos decente³². Ya en el siglo

²⁷ Kate GILLIVER: “Display in Roman Warfare: The Appearance of Arms and Individual on the Battlefield”, en *War in History*, Vol. 14, n°1, 2007, p. 21.

²⁸ Philippe CONTAMINE: *La guerra en la Edad Media*, Editorial Labor, Barcelona, 1984, p. 17.

²⁹ Guy HALSALL: *Warfare and Society in the Barbarian West, 450-900*, Taylor & Francis Grup, Londres-Nueva York, 2003, p. 173.

³⁰ José SOTO CHICA: *Imperios y Bárbaros. La Guerra en la Edad Oscura*, Desperta Ferro Ediciones, 2020, pp. 262-274.

³¹ AGATHIAS: *The Histories*, Walter de Gruyter, Berlín-Nueva York, 1975, pp. 36-37.

³² José SOTO CHICA: *Op. Cit.*, p. 177.

XI, la tendencia hacia lo heterogéneo se mantendría y, tal como es posible evidenciar en fuentes iconográficas como el Tapiz de Bayeux, conservado en el Museo del Tapiz de Bayeux, y en el que se conmemoraba la victoria de Guillermo el Conquistador en la Batalla de Hastings (1066), únicamente la caballería presentaba cierta “homogeneidad”, aunque arqueros, infantería pesada y levas de infantería ligera únicamente podían igualarse en armamento, más no en vestuario.

Ya en la época de oro de la caballería, en el que cada individuo intentaba demostrar su valía en la lid y hacerse notar sobre el resto de sus compañeros de armas, las diferencias se acentuaron aún más. Por ejemplo, se indicaba que cada caballero debía proveer su propio armamento, cuestión que vemos en la Regla del Temple³³ y en las normativas de Enrique II de Inglaterra en la que se estipulaba que “todo aquel que posea un feudo de caballero tenga cota de malla”³⁴ o en las exigencias florentinas de 1260³⁵. En palabras de Philippe Contamine, “La homogeneidad no era la regla en el seno del mismo grupo de caballeros. Unos estaban mejor equipados que otros y con mejores monturas. Por su pertenencia a los linajes más ricos, disponían de armas más lujosas, quizás más resistentes, de una comitiva mejor equipada y de monturas más numerosas”³⁶. Y, como diría el historiador francés Jacques Le Goff, “lo curioso para nosotros es que el armamento medieval es demasiado funcional para constituir un verdadero uniforme”³⁷. Pero si en la caballería había una variedad exorbitante, la infantería, un tanto relegada, no se quedaba corta, ya que realmente no existía una normativa que regulase su vestuario, al extremo que lorigas, gambesones o, derechamente, simples camisas, era la tónica en los ejércitos medievales.

Contamine nos decía que es hasta el siglo XV que podemos ver una sociedad militar que cargaba sobre los hombros de sus hombres el vestuario. Cada soldado debía proveerse así mismo con toda libertad y por propia iniciativa, aunque siempre supeditado a las posibilidades económicas. Así, el armamento aún seguía siendo privado³⁸. Aunque existieron algunas excepciones, tal como había sucedido con los Capetos en el siglo XIII al acumular un stock de armaduras completas para sus hombres. Misma situación con Maximiliano de Habsburgo, en 1495, ordenaba la instalación en Arbois de una forja, la que se comprometía a entregar anualmente “cincuenta armaduras de guerra completas, bien hechas a la manera borgoñona y de buen material, y marcadas con la marca prevista para dichos arneses”³⁹. Tampoco se ignoró del todo los signos distintivos o de reconocimiento, no solo referente a las banderas de las distintas armas, sino también a los símbolos. Por ejemplo, la cruz recta y roja, tomada de las armas de San Jorge, comenzó a ser utilizada como distintivo para las tropas inglesas, mientras que, a partir de

³³ Se estipulaba como equipo: una coraza, calzas de hierro, un yelmo o sombrero de hierro, una espaldera que protegía los hombros, esarpes para cubrir los pies, un jubón de armar o cota de armas que iba sobre la cota de malla, escudo, lanza, espada, maza turca y un machete. Véase Henri DE CURZON: *La Règle du Temple*, Librairie Renouard, Paris, 1886, pp. XXIV-XXV.

³⁴ Philippe CONTAMINE: *Op. Cit.*, p. 86.

³⁵ Se exigía cota de malla, calzas de hierro, un sombrero metálico, coraza, lanza y escudo modelo targa. Véase Cesare PAOLI: *Il Libro de Montaperti*, Presso G. P. Vieusseux, Florencia, 1889, pp. 373-374.

³⁶ Philippe CONTAMINE: *Op. Cit.*, p. 87.

³⁷ Jacques LE GOFF: *La Civilización del Occidente Medieval*, Paidós, Barcelona, 1999, p. 321.

³⁸ Philippe CONTAMINE: *Op. Cit.*, pp. 238-239.

³⁹ *Ibidem*, p. 240.

1355, pero sobre todo de 1380, los Valois imponían a sus ejércitos la cruz recta de color blanco. Los borgoñones, por su parte, eligieron la Cruz de San Andrés o “Aspa de Borgoña” como distintivo⁴⁰.

Sin embargo; estos casos deben ser tomados no como una norma, sino lo que es: una excepcionalidad. Esto último debido a que únicamente podremos llegar a hablar de uniformes hasta las reformas de Cromwell en la Guerra Civil Inglesa (1642), al menos para el caso inglés, y ya para 1670 para el caso francés cuando Louvois proscribió “un uniforme destinado a vestir el Regimiento de Fusileros del Rey”⁴¹. Pero la pregunta es: ¿Por qué se dio este cambio? ¿Por qué reyes y generales consideraron necesario el vestir a sus hombres de forma idéntica?

El cambio llega con el advenimiento de la Edad Moderna, ello dado que, diferenciándose de los períodos anteriores, es en los inicios de la misma, y la época en su totalidad, que aparecen lapsos de tiempo en que una de las características esenciales fue el constante estado de guerra que inundó a Europa y, por ende, al resto del mundo. Fue en los siglos XV, XVI y XVII cuando se produce una amplia reacción en favor de la guerra y lo que ésta conllevaba. Así, en palabras de David García Hernán, “Se dio entonces una deliberada re-inflación de las virtudes y el esplendor militares que desembocó en un culto positivo de la guerra”⁴². Ahora las virtudes propias de las labores militares como el valor, la lealtad, la obediencia, la capacidad de sufrimiento, etc.; retratos obvios de lo que se conoce como buen soldado, pasaron a identificar lo que se conocería como buen hombre, como aquello digno de admiración e imitación. Esto se hacía más evidente cuando los ejércitos se hicieron, de una vez por todas, permanentes y estables, precisando cientos de reclutas que debiesen marchar a la lid.

“Pero, con independencia de su estatura y de cómo habían sido alistados, los soldados de comienzos de la Europa moderna habían de ser pagados, atendidos y equipados”⁴³, aunque el dinero para hacerlo siempre faltase. Gran parte del tesoro de la Corona era invertido en el mantenimiento de la soldadesca, por lo que muchas veces se debió recurrir a nuevos impuestos, empréstitos forzosos, confiscaciones o, derechamente, vender el patrimonio del Estado. Así pues, tomando en cuenta el complejo escenario en que los grandes ejércitos eran incapaces de abastecerse por cuenta propia de lo que requerían para las largas jornadas de campaña, no resultaba extraño que a fines del siglo XVI debiesen surgir estructuras estatales capaces de dar mantenimiento y pertrecho a los monumentales ejércitos.

Es precisamente en este período que los métodos de hacer la guerra se perfeccionaron de tal modo que ello permitió la mayor expansión en ultramar que la historia europea jamás haya visto, pero también vino la pólvora y la relegación de la caballería, el auge de los infantes, nuevas fortalezas inexpugnables y ejércitos masivos que ya no se contaban en miles, sino en cientos de miles. Ahora las batallas, antes

⁴⁰ Ibidem, p. 241.

⁴¹ Idem.

⁴² David GARCÍA HERNÁN: “La Función Militar de la Nobleza en los Orígenes de la España Moderna”, en *GLADIUS. Estudios sobre armas antiguas, armamento, arte militar y vida cultural en Oriente y Occidente*, n° XX, 2000, p. 286.

⁴³ Geoffrey PARKER: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Editorial Crítica, Barcelona, 1990, p. 91.

decididas por briosas cargas y corazones valientes, se decantaban más por aquel bando que ostentase una férrea disciplina entre las líneas, que contase con más hombres, mejor armamento, equipo más sofisticado y una estructura estatal que fuese capaz de soportarlo y financiarlo. A su vez, implicaba que el individuo, acostumbrado a la lucha para demostrar su valía, perdía valor como sujeto, potenciándose en cambio el conjunto, la unidad y lo colectivo.

El régimen de la disciplina, orden y uniformidad se alzaba sobre las cabezas de todos, incluso sobre la nobleza, la que antaño no había escatimado cuánta sangre debía ser derramada a fin de ostentar las glorias propias de su estatus, o las que creían merecer. Por ello no es demasiado arriesgado apegarse a la afirmación de Jaques Lafaye: “Del caballero sin miedo a la carne de cañón”. Y es que:

El caballero esforzado [...] habituado a luchar en combate singular, con lanza en ristre o espada en la diestra, tenía un apego a su honor y una dignidad relacionada con las victorias de su valeroso brazo. Las armas de fuego matan, en una batalla, ciegamente y a larga distancia; el combatiente ya está convertido en anónima ‘carne de cañón’, su vida depende del azar o del Destino⁴⁴.

El tronar de la artillería, la masividad de los ejércitos y el disparar al unísono de cientos de arcabuces y mosquetes implicó dos cosas tremendamente importantes. La primera relativa a las consecuencias de la guerra, pues si antaño los muertos en la lid se contaban en cientos, ahora lo harían en miles, o cientos de miles. Por otro lado, los nuevos métodos de hacer la guerra ya no precisaban a soldados o caballeros engalanados en blancas armaduras y escudos con símbolos heráldicos que hablaban de sus antiguas hazañas o de su noble linaje. Como decía Lafaye, las armas de fuego matan a diestra y siniestra sin importar lo que usara aquel pobre diablo que se hallase enfrente. Con ello en mente, los teóricos militares y grandes generales supieron apreciar el valor de cuadros bien uniformados y disciplinados; después de todo, la Guerra Moderna solo precisaba carne de cañón disciplinada y ordenada, que supiera levantar las picas cuando se les ordenase o disparar cuando su capitán creyera que fuera pertinente. Los uniformes trajeron consigo el anonimato y lo colectivo, además del fin del individuo.

La muerte del individuo, además, era secundada por el criterio de jerarquía. Lo usado y lo exhibido perfectamente podía reflejar el poder que ahora recaía en la oficialidad, el estatus y la capacidad de mando. Si antaño los líderes de los ejércitos se destacaban por la calidad del metal precioso que ceñían sobre sus cuerpos o el linaje que les antecedía, ahora un simple listón o galón podía significar el dirigir a cientos, sino miles. Paralelamente, si bien se buscaba imprimir el principio de uniformidad en todos los ejércitos, también se buscaba el diferenciar. Tropa y oficialidad, pudiendo luchar codo con codo y derramando sangre por igual, no necesariamente debían mezclarse, más bien se priorizada la diferenciación entre ambas clases a fin de mantener el sentido de jerarquía

⁴⁴ Jaques LAFAYE: *Sangrientas fiestas del Renacimiento. La era de Carlos V, Francisco I y Solimán (1500-1557)*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1999, p. 34.

y poder. Incluso dentro de los cuadros de oficiales se demarcó esta diferenciación. Para mandar y ejercer poder, era menester la diferenciación dentro de la uniformidad.

Pero estas nuevas prendas no tenían como única finalidad el “asesinar” al individuo y establecer la separación entre los distintos grupos sociales, sino que también sentar las bases de la idea de nación. Con la llegada de las monarquías nacionales, a lo largo del siglo XV y especialmente en el XVI, era necesario que los habitantes del territorio se sintieran identificados, no tanto con sus antiguos señores, sino que el territorio mismo. Y qué mejor para ello que, tal como decía Mario Góngora, los símbolos y la educación⁴⁵, y tal como sucedería con las banderas, que adquirirán su condición de signo ligado a la nación entera y no sólo al caudillo, presentando los ideales políticos y religiosos, y el espíritu de cuerpo⁴⁶, los uniformes seguirían por la misma vía. También sirve para la creación de lazos de fraternidad y camaradería entre las filas; después de todo, es mucho más sencillo marchar al campo de muerte secundado por camaradas que van igualmente ataviados como yo o, ya en plena lucha, poner mi vida en riesgo por aquellos que son iguales a mí. Tampoco debemos escatimar el efecto que pueda tener en la mentalidad de los hombres, pues apela directamente al deseo de pertenencia inherente al humano: de ser partícipe de algo, incluso más grande que el individuo, vivir, luchar y morir por él.

Incluso, siendo un tanto más tétrico, el uniforme viene a restar carga a un acto en extremo cruel: el asesinato. Absuelve, y hasta cierto punto alivia y desensibiliza, las atrocidades que puedan cometerse en el fragor de la batalla; después de todo, y como hemos señalado, en el mundo la única especie que asesina a su par somos nosotros, los humanos, aunque no por ello implica que el acto no esté cargado de culpa y remordimiento. Hasta el más estoico de los hombres se estremecería al apuntar un arma contra un individuo que no conoce, que no odia y que, lo más probable, en ningún escenario posible le habría de hacer daño.

Es mucho más sencillo cuando cargamos al individuo que tenemos en frente con ciertos estereotipos o, mejor aún, si lo único que vemos no es al hombre, sino las divisas, charreteras, solapas, al color y el uniforme que viste. Así:

El uniforme militar, es la representación visual de la vida entre la vida y la muerte, es la sombra de la guerra en el campo del aún mundo pacífico. A pesar que la guerra moderna [...] es una guerra total, sin frente ni retaguardia, sin grandes distancias entre civiles y uniformados, el uniforme militar sigue siendo la representación más significativa de la guerra en la paz. El uniforme militar es la encarnación visible de la abstracción que subyace en la capacidad de matar en masas sin escrúpulos morales. No todo el mundo con un uniforme militar, está listo para matar, pero el uniforme militar simboliza esta disponibilidad⁴⁷.

⁴⁵ Mario GÓNGORA: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Ediciones la Ciudad, 1981, p. 12.

⁴⁶ Carlos J. MEDINA ÁVILA: “La Vexilogía Militar”, en *Emblemata*, n°19, 2003, p. 95.

⁴⁷ Lazar KOPRONAROV: “La Guerra en la Paz: el uniforme militar y los preparativos antropológicos para la guerra”, en *Thémata. Revista de filosofía*, n°48, 2013, p. 148.

Charles Blanc, un influyente historiador del arte francés de fines del siglo XIX, quizás sin quererlo, dejó de manifiesto aquella intención tras los uniformes, algo que ya había dejado una profunda huella en Occidente:

En la actualidad, en toda Europa se viste de negro. Hoy en día, casi nadie, excepto los soldados, conserva en su indumentaria la variedad y vivacidad del color, y mientras las naciones proclaman su hermandad por la similitud de sus trajes civiles, los soldados y sus oficiales todavía se ven obligados a confesar, por sus uniformes de diferente color, su propósito original, como lo demuestra su estilo de vestir, de matar a sus semejantes⁴⁸.

Quizás lo que mejor pueda dar a entender aquella macabra idea, o al menos intentar hacerlo, son los testimonios de aquellos que, en su momento, vistieron con el hábito castrense. Stefan Westmann, veterano de la Primera Guerra Mundial, en su entrevista *Cómo se sintió matar a un hombre* (1964)⁴⁹, no escatima en las descripciones vívidas y horrorosas del conflicto sin sentido que azotó a Europa y que, hasta cierto punto, resultaba irónico, *¡Después de todo, éramos personas civilizadas!*, reflexionaba en su entrevista a la BBC. Su comentario no es desacertado, ni mucho menos fuera de lugar, pues los uniformes, las insignias, los símbolos, estandartes y banderas llevadas a la lid pueden dejar de lado cualquier atisbo de civilización, los últimos dos siglos de nuestra historia dan fe de ello. Hombres que antaño pudieron haber compartido el pan en la mesa ahora son incentivados a calar bayonetas y cargar, no contra el hombre que tienen delante, sino a sus colores y los ideales que representan. El remordimiento, la culpa y el pesar del acto de tomar una vida existen, es algo innegable, pero también el deseo de echar por tierra a aquel enemigo que en su vestir representa todo lo “pérfido”, lo “indeseable”, lo “cruel”, lo “incivilizado”. El veterano alemán, cargado de culpa incluso con los años, no dejaba de preguntarse las razones de aquello:

Eran hombres comunes, como yo, personas normales que jamás hubieran pensado en lastimar a nadie. Pero yo tenía frente a mí a un soldado francés muerto y cómo me hubiera gustado que hubiera alzado su mano... yo le hubiera dado un apretón y hubiéramos sido los más grandes amigos. Porque él era como yo, solo que usaba el uniforme de otra nación, hablaba otro idioma. Pero era un hombre que tenía madre y padre y quizás una familia. Me despertaba a veces de noche empapado en sudor porque veía los ojos de mi adversario caído y trataba de convencerme: ¿qué me hubiera pasado a mí si no hubiera hundido primero mi bayoneta en su vientre? ¿Qué hacía que nosotros, los soldados, nos apuñaláramos unos a otros, nos estranguláramos, atacáramos al otro como un perro loco? ¿Qué hacía que nosotros, que no teníamos nada personal contra ellos, los combatiéramos hasta la muerte?

⁴⁸ Charles BLANC: *Art in Ornament and Dress*, Scribner, Welford, and Armstrong, New York, 1877, p. 67. Las cursivas son nuestras.

⁴⁹ Del original “How it felt to kill a man”, BBC Archive, 1964.

Pero no todo era en extremo una tragedia; de hecho, con el alzamiento de los valores militares, también arribó el realce de la profesión castrense *per se*. Marchena Fernández, bien nos decía, que el orden y la imposición del uniforme vinieron a producir un verdadero cambio en la percepción que la sociedad tenía de los soldados: de una legión descontrolada de salteadores, rapiñadores, ladrones y violadores que azotaban las regiones por las cuales marchaban, ahora se les pasó a considerar como los más grandes e importantes súbditos de las diversas monarquías a las cuales servían⁵⁰. Claramente, el uniforme, y el aspecto marcial, contribuyeron en demasía en este aspecto. Servir entre las líneas y portar las insignias correspondientes conllevaba prestigio, honor y alzamiento de las virtudes achacadas al género masculino, incluso al “Occidente Civilizado”, algo que se vería aún más con las guerras coloniales de la segunda mitad del siglo XIX⁵¹.

El pertenecer a una u otra unidad, especialidad o rama reputaba prestigio, más aún si se tenía almas bajo su mando. Por ello, no era de extrañar ver unidades compitiendo entre sí en lo relacionado al apresto o presencia de las mismas, e incluso al número de títulos nobiliarios que se contaban entre sus filas. Aquí, el uniforme, el emblema o el vestuario de la unidad, se convierte en un verdadero emblema totémico que representa todos los atributos del grupo y, sus componentes, ven en éste un objeto de afecto al cual rendir honores. De ahí también la creencia que las actitudes y comportamientos puedan “deshonrar el uniforme”. De forma recíproca, el vestuario puede realzar o denigrar al honor de quien lo porte⁵². Un caso concreto fue cuando el Tercio de Lombardía, apostado en los Países Bajos, fue disuelto por insubordinación y sus estandartes y banderas fueron rasgados, “puesto que, si ya no representaban a Su Majestad el Rey, tampoco eran acreedores en delante de la veneración y cuidado en que se los había tenido hasta entonces”⁵³.

Esta búsqueda de prestigio, notoriedad y realce a través del vestir prontamente se encaminó a la pomposidad, al lujo exacerbado, la búsqueda de colores llamativos y la notoriedad. De ahí que no deba sorprendernos el hecho de que muchos combatientes terminase por agregar aditamentos al uniforme que, en términos prácticos, nada aportaban, al punto que se les criticó por su “feminización”⁵⁴. Tal como diría Henry Beyle en *Lucien Leuwen* (1894), en todo casi sarcástico, “*en esencia, el uniforme debe ser lindo en el baile*”⁵⁵.

La utilidad, y el deseo, de ataviar a un hombre con colores e insignias propias mostró su efectividad y la inclinación parecía ir en crescendo. Ya para el siglo XVII era una tendencia más que clara, razón por la cual tratadistas, generales y soldados hablan más de uniformes que simplemente de indumentaria. Poco a poco fueron surgiendo

⁵⁰ Juan MARCHENA FERNÁNDEZ (Ed.): *Uniformes Militares. Uniformes del Ejército de América (Antillas, Panamá y Venezuela)*, Vol. I, Ministerio de Defensa, Madrid, 1989, p. 11

⁵¹ Para este tema, recomendamos la lectura de Catherine E. ANDERSON: “Red Coats an Black Shields: Race and Masculinity in British Representations of the Anglo-Zulu War”, *Critical Survey*, Vol. 20, n°3, 2008, pp. 6-28.

⁵² Nathan JOSPEH; Nicholas ALEX: “The uniform: A Sociological Perspective”, en *American Journal of Sociology*, Vol. 77, n°4, 1972, p. 720.

⁵³ Citado por Geoffrey PARKER (Ed.): *Historia de la Guerra*, p. 156.

⁵⁴ Véase Alison MATTHEWS DAVID: “Decorated men: Frashioning the French Soldier, 1852-1914”, en *Fashion Theory*, Vol. 7, n°1, 2003, p. 6.

⁵⁵ Henry BEYLE: *Lucien Leuwen*, D. Dentu, Paris, 1894, p. 8.

reformas para la uniformidad de las tropas. Lyndon nos dice que únicamente podemos hablar de uniformes en el Nuevo Ejército Modelo propuesto por Oliver Cromwell para el caso inglés, mientras que para el francés únicamente lo podremos hacer bajo el reinado de Luis XIV⁵⁶. En otros lares, como España, solo podremos hablar de uniformes para finales del siglo, específicamente bajo el reinado de Felipe V, aunque ya había unidades que adoptaron de buen grado aquellas disposiciones en pos de la homogeneidad, no por nada se habla de unidades como los Tercios Azules Viejos y Morados Viejos⁵⁷. Ello llegaría al punto que variadas naciones escogerían un determinado color para las casacas y uniformes de sus hombres. Por ejemplo, Inglaterra, Hanover, Dinamarca (después de 1711) y Sajonia (hasta 1734) escogieron el rojo; Prusia, y la mayoría de Estados alemanes pequeños, Suiza y las Provincias Unidas (después de 1730), Portugal (desde mediados de 1750), Cerdeña y los Estados Unidos (desde 1777) adoptaron el azul oscuro; Bavaria el azul cielo (a mediados del siglo); Rusia se decantó por el verde oscuro; Francia, Venecia, Austria, algunos Estados Alemanes, y España, en cambio, prefirieron el blanco. Posteriormente, y con mayor fuerza durante las guerras napoleónicas, la especialización de las unidades conllevó a que cada regimiento, cada arma y sección vistiera colores propios como señal de identificación⁵⁸.

Con el paso de los siglos XVIII, XIX y XX, el porte de uniforme en las fuerzas armadas a lo largo de todo el mundo fue consolidándose sin mayor dificultad. Ya fueran adquiridos pagándose por las haciendas nacionales o mediante contratos de vestuario, también fueron evolucionando respondiendo a numerosos factores: prácticas; políticas, sociales y económicas; mejoras textiles, la propia moda⁵⁹ o la práctica continua de la guerra. Una prueba de ello fue el priorizar uniformes más sobrios en detrimento de los coloridos utilizados durante el siglo XIX: si las armas a pólvora, y su subsecuente escasa visibilidad una vez eran disparadas, obligaban a los ejércitos a vestir de forma un tanto chillona, el progreso de las armas durante la Gran Guerra, de igual manera, obligó a los cuerpos a adoptar el caqui e, incluso, tantear posibilidades con el camuflaje⁶⁰.

Pero debe hacerse hincapié en lo que se estipulaba en el papel y lo que sucedía en la práctica, pues la idea de uniformidad no necesariamente significaba que tales normativas se siguieran al pie de la letra; de hecho, podía ser bastante laxa, y la misma práctica de la guerra podía condicionar la indumentaria del soldado. Después de todo, para levantar ejércitos no solo se depende de la voluntad de los hombres, sino que también de la situación económica, líneas de abastecimiento, disposición de material, de brazos para la guerra, etc. Lo mismo pasaba con los uniformes.

Por ejemplo, decidor es que, a fines del siglo XVI, aún existían defensores de que cada individuo vistiera según la forma que estimase conveniente:

⁵⁶ Brian LYNDON: "Military Drees and Uniformity 1680-1720", en *Journal of the Society for Army Historical Research*, Vol.5, n°218, 1976, p. 108.

⁵⁷ Vicente Alonso JUANOLA: "Los uniformes del Museo del Ejército", en *Militaria: revista de Cultura Militar*, n°9, 1997, p. 149.

⁵⁸ Brian LYNDON: *Op. Cit.*, pp. 114-115.

⁵⁹ Carlos J. MEDINA ÁVILA: "La Indumentaria Militar", en *Emblemata*, n°17, 2011, p. 92.

⁶⁰ Véase Xavier GUILLAUME; Rune S. ANDERSEN; Juha A. VUORI: "Paint it black: Colours and the social meaning of the battlefield", en *European Journal of International Relations*, Vol. 22, n°1, 2016, pp. 10-15.

Nunca entre la infantería española ha habido problemática para vestidos y armas, porque sería quitarles el ánimo y el brío que es necesario que tenga la gente de guerra... Siendo las galas, las plumas y los colores lo que alienta y pone fuerza a un soldado para que con ánimo furioso acometa cualquier dificultades y empresas valerosas⁶¹.

Incluso había generales, como don Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba, que voluntariamente se eximía a sí mismo y sus hombres de los nuevos dictámenes al portar un llamativo traje azul claro y un sombrero con muchas plumas únicamente “para ser conocido”, mientras afirmaba que 10.000 soldados esplendorosamente ataviados con colores contrastados parecían más peligrosos que 20.000 vestidos todos de negros “como ciudadanos y boticarios”⁶². Incluso para una época bastante tardía como lo era 1797, Lazare Hoche, militar francés de la Primera República, hablaba sobre la desnudez de los ejércitos napoleónicos, los cuales, de por sí, ya contaban con una reglamentación clara para sus vestuarios: “*Sin pan, sin zapatos, sin trajes, sin dinero y cercados de enemigos: esta es nuestra deplorable situación (...). Si los señores diputados tienen tanto ingenio como dicen, que nutran a los soldados y paguen y vistan a los oficiales*”⁶³.

Otro caso nos los ofrece el escritor francés Henry Beyle al retratar la Grande Armée, más que aquella reluciente maquinaria bélica que muchas veces se ha mostrado en ilustraciones o pinturas, sino como un verdadero ejército indisciplinado y, debido a la carestía de material, compuesto de vagabundos:

El Ejército francés estaba desde hacía largo tiempo sometido a terribles privaciones; a menudo faltaban víveres, y estos soldados puestos en las cumbres de los Alpes (hace referencia a la segunda campaña de Italia) y que se hallaban durante ocho meses del año en medio de nieves, carecían de calzado y trajes⁶⁴.

Aquí el viejo refrán de “el papel todo lo aguanta” es más que acertado. Y es que no debemos fiarnos del todo sobre las reglamentaciones, ordenanzas y directrices generales respecto a los uniformes, pues, todo, absolutamente todo quedaba a disposición de las circunstancias. Sería casi una utopía el creer que los hombres, de todos los ejércitos, marchaban de punta en blanco a los Campos de Marte. La organización misma, las cadenas de suministros y equipos, sin mencionar la administración, podían ser algo en extremo caótico y no funcionaban como mecanismos de relojería.

Y, yendo más allá de los meros formalismos de la burocracia del aparataje militar, el vestir de levita o casaca, en ningún momento llegó a librar a los hombres del frío abrazo de la muerte. Más bien parecía que los arrojaba a sus garras o, directamente, no le importaba lo más mínimo. Las tropas francesas durante la Gran Guerra, como si esta no

⁶¹ Citado por Geoffrey PARKER (Ed.): *Historia de la Guerra*, Akal, Madrid, 2010, pp. 156-157.

⁶² Idem.

⁶³ Jonathan Jacobo BAR SHUALI: *Breve Historia del Ejército Napoleónico*, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2022, s.p.

⁶⁴ Idem

podiera darnos más ejemplos de la bajeza y crueldad humana, es un caso decidor respecto a esto último: “*Este ciego y estúpido apego al más visible de los colores tendrá crueles consecuencias*”⁶⁵, palabras del ministro Adolphe Messimy, casi proféticas a estas alturas del partido, sobre el desastre que fue el uso del azul y rojo francés en la guerra de trincheras. William Harding, sargento del 2º Regimiento de la Royal Artillery, quien sirvió en la Segunda Guerra Mundial, reflexionaba con pesadumbre cómo un soldado, estando ataviado con todo su equipo y vestuario, podía quedar reducido a nada en cuestión de segundos:

El día 23 los alemanes debieron acercarse, porque fue allí donde los morteros realmente tomaron el control de la situación. Los morteros cayeron sobre ellos con rapidez y estridencia. [...]. Corrí de nuevo y allí estaba este tipo, arrastrándose sobre los codos. Sollozaba y había dos líneas en la arena saliendo desde sus piernas, pero no había pies. Pensé: “¡Dios, qué cosa tan terrible le puede pasar a alguien!”. Miré hacia otro lado porque había más explosiones a nuestro alrededor. Entonces vi a un fusilero corriendo delante de mí. Un minuto estaba allí y hubo una explosión terrible, al minuto siguiente estaba hecho pedazos. ¿Cómo es posible que un hombre, completamente ataviado con correa, un uniforme, un cinturón alrededor de la cintura, una máscara de gas, botas y todo lo demás, en cuestión de segundos estuviera allí tendido sin una sola prenda de vestir? Estaba totalmente destrozado, con la cabeza apoyada sobre el cuello y los ojos abiertos. Le habían quitado la piel del vientre y allí estaban sus intestinos, tal como se ve en un libro de medicina, intactos. ¿Cómo puede suceder algo así?”⁶⁶

Al igual que los planes y disposiciones para una batalla, el armar y vestir a hombres mostraba una enorme distancia entre la teoría y la praxis. Y si en los ejércitos imperiales españoles, en la gran maquinaria bélica de Napoleón o durante los rimbombantes años de la Gran Guerra, poderosísimos ejércitos en los que la carestía estaba a la orden del día, era de suponer que en lugares tan alejados, y para aquel entonces secundarios, como América Latina, Asia y África, las normativas de uniformes siempre flexibles y se siguieran según la disponibilidad de medios o el parecer de los oficiales de turno. Sostener que los uniformes y su cuidado eran velados con extrema rigurosidad, únicamente porque las ordenanzas y la lógica así lo dictaban, es, en extremo, una idealización y pecar de inocencia.

“*La cuenta del carnicero*” es quizás la última finalidad de todos aquellos colores y atalajes que muchos debieron, obligadamente o no, portar antes, durante y después de que la guerra y el infierno se desatara en los “campos de honor”. Tal cuenta no era más que el recordatorio de las pérdidas y los caídos que el combate dejaba en su haber, los que, a esta altura del partido, ya se cuentan en miles. El reconocimiento de los mismos

⁶⁵ Citado por Ian SUMNER: *The French Army 1914-1918*, Osprey Publishing, Oxford, 1995, p. 14.

⁶⁶ Citado por Max ARTHUR: *Lest we forget. Forgotten voices from 1914-1945*, Ebury Press, U.K., 2007, p. 150.

es y era mucho más sencillo si aquellos amasijos de carne y viseras, esparcidos por doquier, portaban un distintivo que los identificase como miembros de uno u otro ejército. Ya no se trata de conservar íntegro los restos del caído, prácticamente no interesa, sino, simplemente, rescatar e identificar lo que haya quedado. ¿Acaso no es más sencillo el nombrar y rendir los honores a los que partieron si logramos identificarlos? El uniforme, lo vestido, es esencial para aquella macabra tarea. Incluso, en palabras de Frank Aretas Haskell, voluntario que sirvió en Gettysburg (1863), aquella indumentaria podía convertirse en un fiel reflejo de dónde la carnicería había sido más intensa:

La laya y la pala [...] habían completado su trabajo: un gran trabajo, eso sí. Pero aún se podía ver escondido, bajo algún arbusto o una roca, lo que una vez había sido un hombre, [...] Las armas pequeñas y los pertrechos esparcidos habían sido recogidos y llevados, casi todo lo que tenía algún valor; pero gran cantidad de mosquetes retorcidos y astillados, mochilas y bolsos desgarrados, cantimploras magulladas, jirones de gorras, abrigos, pantalones de tela azul o gris, cinturones y cajas de cartuchos sin valor, mantas rotas, cajas de municiones, ruedas rotas, miembros aplastados, carros de armas destrozados, partes de arneses, todo lo que los hombres o los caballos portan o usan en la batalla, estaba esparcido a lo largo de millas en el campo. A partir de ellos se podía saber dónde el combate había sido más intenso⁶⁷.

La finalidad práctica que el vestuario puede proveer es indiscutible. Ya sea contra las inclemencias de la naturaleza o contra la bayoneta, nadie puede negar que sus aportes a la práctica de la guerra han sido elementales. Sin embargo, únicamente quedarnos con tal elemento es reducir prácticamente a cero lo que el uniforme puede mostrar y representar. El peso simbólico del mismo es enorme, no solo como forjador de identidad, lazos de hermandad o virilidad, sino que también de otredad, de desdibujar la humanidad del oponente y convertirlo, en resumidas cuentas, en un mero color que debe ser abatido. El hombre, la carne y alma mueren, mientras insignias, galones y distintivos los reemplazan.

⁶⁷ Testimonio de Frank Aretas Haskell. Véase en Charles W. ELIOT (Ed.): *American Historical Documents*, Vol. XLIII, Cosimo, New York, p. 433.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. AGATHIAS: *The Histories*, Walter de Gruyter, Berlín-Nueva York, 1975.
2. ANDERSON, Catherine E.: "Red Coats an Black Shields: Race and Masculinity in British Representations of the Anglo-Zulu War", *Critical Survey*, Vol. 20, n°3, 2008, pp. 6-28.
3. ARTHUR, Max: *Lest we forget. Forgotten voices from 1914-1945*, Ebury Press, U.K., 2007.
4. AYALA, Manuel de Miguel: "La Guerra en las sociedades primitivas: el caso de Irlanda Céltica a través de sus mitos", en *Mayurqa: revista del Departament de Ciències Històriques i Teoria de les Arts*, n°27, 2001, pp. 195-225.
5. BAR SHUALI, Jonathan Jacobo: *Breve Historia del Ejército Napoleónico*, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2022.
6. BARRAL, Esteban Darío: "De Agricultores a Soldados: la Guerra y su impacto social en la Grecia antigua", en *Revista de la Escuela Superior de Guerra Tte. Luis María Campos*, n°593, 2016, pp. 37-52.
7. BEYLE, Henry: *Lucien Leuwen*, D. Dentu, Paris, 1894.
8. BLANC, Charles: *Art in Ornament and Dress*, Scribner, Welford, and Armstrong, New York, 1877.
9. BOUCHER, Francois: *Historia del Traje en Occidente. Desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Montaner y Simón S.A., Barcelona, 1965.
10. CHADWICK, John: *El Mundo Micénico*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.
11. CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*, Editorial Labor, Barcelona, 1984.
12. CRUZ DE AMENÁBAR, Isabel: *El Traje: Transformaciones de una Segunda Piel*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1996.
13. DE CURZON, Henri: *La Régle du Temple*, Librairie Renouard, Paris, 1886.
14. DE SOUZA, Philip: *La Guerra en el Mundo antiguo. Una Historia Global*, Akal, Madrid, 2008.
15. ECHEVERRÍA REY, Fernando: *El nacimiento de la "Pólis" griega y la teoría de la "Revolución Hoplita"*, Instituto Histórico Hoffmeyer. Instituto de Arqueología de Mérida, Madrid, 2008.
16. ELIOT, Charles W. (Ed): *American Historical Documents*, Vol. XLIII, Cosimo, New York.
17. EZQUERRA GÓMEZ, Jesús: *Pólis y Caos. Reflexiones sobre el principio de la política*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2021.
18. GARCÍA HERNÁN, David: "La Función Militar de la Nobleza en los Orígenes de la España Moderna", en *GLADIUS. Estudios sobre armas antiguas, armamento, arte militar y vida cultural en Oriente y Occidente*, n° XX, 2000, pp. 285-300.
19. GÓNGORA, Mario: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Ediciones la Ciudad, 1981.
20. GUILLAUME, Xavier; ANDERSEN, Rune S.; VUORI, Juha A.: "Paint it black: Colours and the social meaning of the battlefield", en *European Journal of International Relations*, Vol. 22, n°1, 2016, pp. 1-23.
21. HALSALL, Guy: *Warfare and Society in the Barbarian West, 450-900*, Taylor & Francis Grup, Londres-Nueva York, 2003.

22. HERNÁNDEZ CARDONA, Frances Xavier; RUBIO CAMPILLO, Xavier: *Breve Historia de la Guerra Antigua y Medieval*, Nowtilus, Madrid, 2010.
23. JORDÁ CERDÁ, Francisco: “Los tocados de Plumas en el Arte Rupestre Levantino”, en *Zephyrus: Revista de prehistoria y arqueología*, nº21-22, 1970-1971, pp. 35-72.
24. JOSPEH, Nathan; ALEX, Nicholas: “The uniform: A Sociological Perspective”, en *American Journal of Sociology*, Vol. 77, nº4, 1972, pp. 719-730.
25. JUANOLA, Vicente Alonso: “Los uniformes del Museo del Ejército”, en *Militaria: revista de Cultura Militar*, nº9, 1997, pp. 149-154.
26. KOPRONAROV, Lazar: “La Guerra en la Paz: el uniforme militar y los preparativos antropológicos para la guerra”, en *Thémata. Revista de filosofía*, nº48, 2013, pp. 143-151.
27. LAFAYE, Jaques: *Sangrientas fiestas del Renacimiento. La era de Carlos V, Francisco I y Solimán (1500-1557)*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1999.
28. LAVER, James: *Breve Historia del Traje y la Moda*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2006.
29. LE GOFF, Jacques: *La Civilización del Occidente Medieval*, Paidós, Barcelona, 1999.
30. LESHAN, Lawrence: *La Psicología de la Guerra*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1995.
31. LYNDON, Brian: “Military Drees and Uniformity 1680-1720”, en *Journal of the Society for Army Historical Research*, Vol.5, nº218, 1976, pp. 108-120.
32. MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (Ed.): *Uniformes Militares. Uniformes del Ejército de América (Antillas, Panamá y Venezuela)*, Vol. I, Ministerio de Defensa, Madrid, 1989.
33. MARTÍNEZ BABÓN, Javier: “Breve síntesis sobre el armamento en Egipto durante las dinastías XIX y XX”, en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia antigua*, nº17-18, 2004-2005, pp. 35-55.
34. MATTHEWS DAVID, Alison: “Decorated men: Frashioning the French Soldier, 1852-1914”, en *Fashion Theory*, Vol. 7, nº1, 2003, pp. 3-38.
35. MEDINA ÁVILA, Carlos J.: “La Indumentaria Militar”, en *Emblemata*, nº17, 2011, pp. 91-106.
36. MEDINA ÁVILA, Carlos J.: “La Vexilología Militar”, en *Emblemata*, nº19, 2003, pp. 93-110.
37. PAOLI, Cesare: *Il Libro de Montaperti*, Presso G. P. Vieusseux, Florencia, 1889.
38. PARKER, Geoffrey (Ed.): *Historia de la Guerra*, Akal, Madrid, 2010.
39. PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Editorial Crítica, Barcelona, 1990.
40. PUYOL BUJ, Raúl: *Las Reformas Militares de Cayo Mario. Efectos inmediatos y consecuencias en los últimos días de la República Romana*, Tesis para optar al grado de Historia, Universitat de Lleida, 2017-2018.
41. SÁNCHEZ SANZ, Arturo: “Los Ejércitos Micénicos”, *Revista de Historia Militar*, nº113, pp. 177-212.
42. SOTO CHICA, José: *Imperios y Bárbaros. La Guerra en la Edad Oscura*, Desperta Ferro Ediciones, 2020.
43. SUMNER, Ian: *The French Army 1914-1918*, Osprey Publishing, Oxford, 1995.
44. TÁCITO, Cayo Cornelio: *Anales*, Tomo Primero, Imprenta del Diario de Barcelona, Barcelona, 1866.

45. TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1986.
46. VEGECIO, Flavio: *Instituciones Militares*, Impreso en la casa de Joaquín Ibarra, Madrid, 1764.